

# **VIDA Y MUERTE, “UMBRALES DE TRÁNSITO” EN LOS VALLES PRECORDILLERANOS DE SAN JUAN (LA LITERATURA DE LA VIDA Y DE LA MUERTE)**

**Juan Mariel Erostarbe**

Universidad Nacional de San Juan, Argentina  
Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes

*“Yo soy la puerta: el que  
por mí entrare, se salvará.”  
(Juan 10, 7–9)*

*“Andino, andino... conversemos mejor con gente andina”*. Así conversaba alguna vez Gabriela Mistral con Ciro Alegría. Y para eso, justamente, nos hemos reunido en esta Lima maravillosa. Para conversar de lo andino con gente andina. Los que pertenecemos a la andinidad tenemos un especial modo de ser, en eso radica nuestra magia motivo y tema de este encuentro.

La montaña tiene altura y esto representa nuestra elevación interna al mismo tiempo que simboliza nuestra transposición espiritual en la idea de ascender. Los andinos tenemos la obligación de vivir en vertical. Tenemos el extraño legado de tener nuestras raíces en el cielo. Mircea Eliade podrá decir entonces: “que la cima de la montaña cósmica no solo es el punto más alto de la tierra, sino que es el ombligo de la tierra, el punto donde da comienzo la creación”.

La montaña siempre se integra con la idea de dos mundos: luz y tinieblas, vida y muerte. En el exterior de sus laderas y valles viven los vivos y en el interior hacia otra vida moran los sabios que ya han muerto. La montaña además alberga al rayo, a la primera luz del sol, al vuelo del cóndor y es la sede de la mirada divina.

También en San Juan pero bien hacia el oeste, al pie de los Andes, vive en las soledades y en el silencio una Virgen cuzqueña desde fines del siglo XVIII. Ella mira y ha observado la vida y la muerte desde las alturas de los valles de Iglesia, ella es nuestra señora de Achango. La gente del lugar dice que Achango significa

“*Loma Florida*”. Ella es una Virgen que mira como dice en su canción que cantan a quienes la visitan los 16 de julio de cada año para homenajearla en su día. La canción dice:

*Canto Homenaje a la Virgen del Carmen*<sup>1</sup>

*Viva, viva María  
viva el Carmelo  
viva el escapulario  
prenda del cielo.  
Los ojos de la Virgen  
me están mirando  
para ver si yo llevo  
su escapulario.  
Viva, viva María  
viva el Carmelo  
viva el escapulario  
prenda del cielo.  
Miradme dulce madre  
miradme siempre  
y verás que lo llevo  
hasta la muerte.  
Viva, viva María  
viva el Carmelo  
viva el escapulario  
prenda del cielo.  
Tienes Virgen del Carmen  
la capa blanca  
pues con ella deseas  
cubrir las almas.*

*Reza y canta la Virgen  
del Blanco manto  
que con amor escuchas  
tu rezo y canto.  
Viva, viva María  
viva el Carmelo  
viva el escapulario  
prenda del cielo.  
Guía del caminante  
y peregrinos  
Patrona de aeronautas  
y de marinos.  
Viva, viva María  
viva el Carmelo  
viva el escapulario  
prenda del cielo.  
La Virgen peregrina  
la del Carmelo  
Puerta de Palestina  
Puerta del Cielo.  
Viva, viva María  
viva el Carmelo  
viva el escapulario  
prenda del cielo.*

Los que hemos nacido y vivido en los valles intermontanos sabemos cómo mirar, también nos damos cuenta de que nuestro tamaño dependerá de cómo miremos las arrugas de las piedras. Porque a no dudar el sentido total radica en nuestra manera de mirar el tú sagrado de la montaña desde el yo profano de lo humano. No cualquiera puede habitar en las montañas porque la piedra como dice Eric Dardel “*en la roca que se ve, está el antepasado que no se ve*”.

Vivir en el valle andino es habitar una región sanadora, paz para el alma con el cielo encima, y salud para el cuerpo con los aromas de la montaña. Cuando se ha nacido en un valle cordillerano, –como decía el poeta– “se quedan para siempre adentro los gestos puros, la manera de partir el pan, de comer las uvas y de poner el pie con pesantez en el suelo quebrado y de llevar la cabeza como las personas criadas con un cielo enorme encima”.

La vida y la muerte son realidades tangibles a las que están acostumbrados los pobladores de los valles andinos. Tanto vida y muerte son “*ritos de tránsito*” o “*ritos de hospitalidad*” que involucran pasar o transcurrir de una puerta a otra. Espacios donde se encuentra lo privado de la vida y lo secreto de la muerte. Cualquiera sea la entrada, se experimenta profundamente el sentido del espacio “*otro*” que guarda y protege la puerta. Esto será lo críptico que encierra el cambio de un espacio a otro, de un mundo y de un concepto de vida y muerte.

La literatura de San Juan ha ofrendado a la tierra un poeta-profeta, Jorge Leónides Escudero, quien desde su lugar de creación ha hablado de este rito de tránsito tan humano y tan regional como es el poema “Cementerio del Alto”:

*Por tener la costumbre de morirse han venido  
a semilla plumosa asida por el viento  
para nacer en dónde, a saber de qué forma,  
en qué otros asuntos ocuparán su tiempo.  
Si volverán a trajinar caballos,  
o ellas a lavar en el río,  
hacer pasteles los días nublados, si volverán  
a hormiga o mariposa.  
O seguirán estando para el ripio,  
las mandíbulas apretadas,  
hasta entregar sus pocos minerales  
y quedar mano a mano con todo.  
Coronas desteñidas de papel  
o el solo aro de alambre.*

Gente que fue sincera en su pobreza

*y en un pozo directo y tablas de álamo  
se aleja de sus vanos entripados  
mientras el cielo va, de tan enorme,*

VIDA Y MUERTE, “UMBRALES DE TRÁNSITO” EN LOS VALLES ...

*apoyándose en las cruces hasta ladearlas.  
Misterioso lugar donde de noche  
los lechuzos entreabren el más allá,  
con chirrido agrio,  
y cierran la puerta de golpe sin dejarnos ver nada.  
Donde cava el quirquincho y algún burro dañino  
exhala su rebuzno mundial sobre las tumbas.  
**Y así nace un retamo en campo santo**  
déjenlo echar raíz,  
los difuntos serranos gustan mucho subir a su ramaje  
para chiflar eternidades.<sup>2</sup>*

Este cementerio tan nuestro y tan real está ubicado en una loma de la pre cordillera a modo de puerta en la montaña hacia el mundo de los muertos. Para hacer la entrada por esa puerta, hay que vencer “la altura” del Cementerio del Alto. Así, el valle a sus pies será el umbral de salida y su arco que recibe, limitará de a pares el concepto de “*exterior/interior*”, “*hoy/mañana*”, “*profano/sagrado*”. Por lo que este portal será sentido como “*desde siempre*” y “*para siempre*”. Michel de Certau dice que, desde el pasado y desde la muerte se producen los relatos que van texturando la historia.

Este campo santo cordillerano de Maipirínque es un espacio que se relata a sí mismo desde un “*antes*” hacia un “*después y para siempre*”.

Al estar de pie en ese espacio (*Akatistos* dirían los griegos) desde allí y así se enseña la experiencia del sentido áptico que nos revela a los ojos del alma la cercanía y la lejanía de todo y de todos. Los montañeses miran y dominan con su visión (como en la canción de la Virgen) a los vivos desde el balcón de la altura. Los valles cordilleranos tienen esa virtud, registran el paso del tiempo, así como pasan por allí los luceros y las estrellas: lenta pero inexorablemente.

En los valles y su gente, se marcan suave y a la vez con gravedad las huellas en las superficies de los rostros de lo que existe y lo que no existe. Las marcas se producen tanto en la vida como en la muerte. Proviene del viento, la lluvia y relamen texturas, destiñen, gastan, descascaran los colores, las pátinas y barnices hasta mostrar la base de la vida. Por eso aparece el retamo de Escudero sobre el cual a las almas de los montañeses les gusta subirse y desde allí chiflan eternidades.

Esta reflexión poética nos vuelve sobre la misma pregunta de siempre: ¿Adónde irá la gente que vive en los valles cuando fallece? ¿Adónde irán los pájaros de la

montaña o bien las mariposas o las hormigas cuando mueren?. Podemos responder que, van a la montaña a integrar el sedimento andino en donde se forjan los sueños de los que están a la espera de pasar el umbral. “Si volverán a hormiga o mariposa, o seguirán estando para el ripio las mandíbulas apretadas”.

El umbral del campo santo, es un arco de medio punto. Puerta solemne hacia el sueño, arco que es un espacio curvo que se asemeja a la bóveda celestial. Ese arco de medio punto, tan iglesiano y sanjuanino con un desplazamiento en línea recta, construye un espacio abovedado, forma que, a quien transite por él, le confiere un sentimiento amarrado a la idea de infinito.

Indudablemente es una puerta de espera. La entrada al cementerio es junto al paisaje una especie de iconostasio (o puerta al cielo a la manera del Oriente). Es una metáfora de vida con su realidad hundida en la montaña.

*“Gente que fue sincera en su pobreza  
y en un pozo directo y tablas de álamo  
se aleja de sus vanos entripados  
mientras el cielo va, de tan enorme,  
apoyándose en las cruces hasta ladearlas”.*

Ingresamos en la vorágine de la caída hacia el mundo del subsuelo. Y de repente nos enfrentamos con el vértigo de los aromas, luces y temperaturas de los montañeses que hablan de sus existencias desde “*el criterio de profundidad*”. La puerta desde la altura es una especie de cesura que tiene la virtud de transportarnos a un mundo único y sagrado. Así, mientras vamos imaginando ese tránsito, recordemos aquella antigua frase de una Iglesia en el Oriente: “Tú que entras, vuélvete hacia el cielo”. Esto, que es natural en los que por esos valles habitan, es toda una psicagogía o arte de educar el alma para aceptar “*los ritos de tránsito*” hacia el umbral del comienzo.

Cuando una persona de la ciudad, no acostumbrada a la montaña, se acerca a este lugar, puede exclamar como en 1 Corintios 15, 54: “¡Oh muerte! ¿Dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿dónde está tu aguijón?”.

El Cementerio del Alto representa la mayor expresión de la fragilidad cósmica de un mundo. La visión de la muerte en los Andes suspendida en un corral en donde vive la noche de los tantos en que sucederán. Allí recordemos aquella antigua frase de que “es preciso morir para saber ciertas cosas”.

## VIDA Y MUERTE, “UMBRALES DE TRÁNSITO” EN LOS VALLES ...

Tal vez algunos hombres, como las plantas, no están llamados a retoñar. Hay algunos que viven sin sed, en las arenas y sin agua porque carecen de raíces. Y puede así, puede así, que las muertes no sean todas iguales. Puede que hasta después de la muerte todos sigamos distintos caminos que nos conduzcan al interior de la montaña, donde el silencio habla un alto que cualquier voz humana.

Todos los seres humanos durante la vida no valoramos el significado del silencio. El silencio es una condición necesaria de la conciencia que se encuentra consigo misma. La muerte, sin dudar, es el momento en que se rompe el silencio para comenzar el diálogo que nunca terminará.

Hay en los muertos de Maipirínque, el revés de la trama del tejido andino. En San Juan, tierra de Huarpes, se nace tejiendo los hilos de la vida y se muere tejiendo los hilos de la muerte. En el ovillo del caos, hasta que la madeja se convierte en cosmos, se integra la urdimbre de los destinos personales donde se tiñen los colores de la vida hasta que éstos se van perdiendo en la disolución del cuerpo y se retoma, según el poema, a minerales, hormigas y mariposas.

El serrano sabe que la vida del hilar y del tejer es efímera. Los andinos, como los antiguos alquimistas, están convencidos de que la muerte es la puerta del conocimiento. Nadie nacido cerca de la cordillera se cuestiona por qué se nace y por qué se muere. Todos lo aceptan como una línea de horizonte en donde el paisaje es ilusión y el paraje es lo único real. Así, cada uno en el paraje que le ha tocado estar, la muerte se asocia con un renacimiento o regeneración. Vivir y morir en el llano del valle es natural, pero cuando el rito funerario se cumple, hay que sembrar el cuerpo “*en altura*” para continuar “*en altura*”, sacralizando así el acto de no existir.

En los valles, no se nombra la muerte como no se mencionan las realidades cotidianas. La magia de la realidad es lo que inspira a la hechicería del discurso como en este poema donde se desarrolla insistentemente la idea de la reflexión literaria sobre el significado del vivir y morir como una recreación de la memoria histórica y de la tradición.

Solo escribiendo reinventamos nuestra existencia, fundando lo no expresado en los discursos oficiales y revelando la realidad oculta de la conciencia de lo social. En este poema directo extraído de la tierra, como quien arranca un gajo de una planta agreste para transplantarlo a otras tierras, como por ejemplo en el Perú. Así, diciendo la escritura, verbalizamos la larga historia de silencios que no nos hemos atrevido a develar durante nuestra existencia.

Es que el mundo natural no es creación del hombre, dice Carlos Fuentes, excepto cuando ejerce el poder creador y liberador de la palabra. Mediante ella descubrimos el imaginario de un mundo siempre mejor, un mundo deseado y deseable. Y en el medio de esa vida y de la muerte reflexionamos con Barthes cuando dice: El hombre caza y lucha. La mujer intriga y sueña, la madre de la fantasía de los dioses. Posee la segunda visión las alas que le permiten volar hacia el infinito del deseo y de la imaginación. Los dioses, en realidad, son como los hombres: nacen y mueren en el pecho de una mujer.<sup>3</sup>

Como habitante de esta tierra cordillerana el hombre ve la vida humana como un acontecimiento situado totalmente en el mundo. En la planta, en el animal, en los oídos de la semilla, el ser humano se ve y se piensa a sí mismo. Desde la perspectiva de la planta nutricia la tierra será fecunda y funeraria a la vez, siempre alternando con la resurrección, las estaciones que también traerán la vida y la muerte, la siembra, la germinación y la cosecha final. Y esta experiencia de la fragilidad humana es la experiencia de la fragilidad del mundo.

Siempre es arduo el tema de la muerte porque solo tenemos la experiencia de la muerte del otro. Esto es lo que demuestra en nosotros la conciencia de la separación definitiva. Si bien el morir es “un modo interior” a la vida humana, también posee “un modo exterior” al presentarse ante quienes todavía sobreviven como un llamado a la conciencia de la propia finitud.

En los valles y solo en ellos, encontramos un sentido de la sacralidad del fin; será porque lo sagrado es sinónimo de piedad. Siempre el ser humano, y más si es campesino, necesitará algo que lo proteja y a la vez sea motivo de veneración. Por eso los ritos funerarios de la pre cordillera son diferentes y marcan su propia importancia de recuperar un equilibrio frente a la crisis generada por la muerte.

El rezo del novenario en la casa del difunto, la visita frecuente al campo santo, las misas, el luto –especialmente de las mujeres– y la cultura del velo o mantilla para perderse en la nube textil de sombras y de olvidos, tejen sus redes simbólicas y ajustan los niveles afectivos y comunicativos, situación que se va perdiendo en la ciudad donde todo se olvida y se maquilla para que no se note. Quizás, lo que ocurre en los valles contribuye al logro de la distensión, al control del miedo y a mostrar la expresión de solidaridad y confianza.

Los ritos funerarios, tan antiguos y tan plenos de sentido, tienden a facilitar y a apoyar el tránsito del difunto hacia la otra puerta. Porque las fantasías y los síntomas nos colocan en el lugar apropiado. La cuestión no es averiguar tanto de dónde

## VIDA Y MUERTE, “UMBRALES DE TRÁNSITO” EN LOS VALLES ...

proceden, sino de dónde procedo yo, en qué mito mi sufrimiento se puede convertir en devoción.

Finalmente, y para terminar esta reflexión ante un tema tan nuestro y tan universal, nuestro pensamiento se ubica en Rusia en el siglo XIX. Desde esa maravilla arquitectónica que es la fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo, ante su inminente fusilamiento, Dostoievski le escribe una carta a su hermano Mijail que dice aproximadamente estas palabras: Hermano no estoy deprimido ni desanimado. *La vida es dondequiera vida*. Vida en nosotros mismos, no en lo que nos es externo. Hay gente conmigo y ser un hombre en medio de la gente es seguir siendo un hombre para siempre”.<sup>4</sup>

Para Fernando Savater es toda una invitación a la ética.<sup>5</sup> En la montaña, en sus valles, la magia de la altura hace que un hombre viva entre los hombres siendo un hombre para siempre. El que es andino de verdad crece en la vida como también crece en la muerte, ya que al vivir en lo alto ha crecido en la capacidad de morir, que no es fácil. Por eso, esta especie de hombre diferente se revela a todo orden (política, moral o místicamente), especialmente se niega y se revela contra el orden del mundo como muerte administrada.

Muchas veces, tenemos que lamentarnos en nuestro espacio andino sobre la idea de “*hacer o dejar morir*”, y no hablamos de la muerte natural sino de la muerte consciente. Hablamos de un ecocidio consciente y es cuando el hombre le arranca a la tierra indiscriminadamente su riqueza, no para la vida sino para la desproporción de lo material. Allí desaparece la magia de lo andino, porque el paisaje, el paraje, el agua y el aire se han ensuciado para siempre.

Habrá que cumplir con el amor hacia la altura con la Madre Montaña y también debemos cumplir con el respeto a la Madre Tierra. De otra forma, ¿dónde se guardará el rayo y el vuelo del cóndor? Y se cumplirá el aforismo de ese pensador que decía: “¿qué será de la evolución de la humanidad, solo un crecer de la capacidad de morir?”.

No harán falta estas reuniones donde se celebre lo andino desde la virtud y la libertad y la gozosa visión de proyectar nuestra mirada hacia la altura.



## Notas

- 1 *Canto en homenaje a la Virgen del Carmen de Achango que se canta para las novenas y al finalizar la conmemoración del 16 de julio, Día de la Virgen del Carmen.*
- 2 Escudero, Jorge Leonidas. “Cementerio del Alto”, 1972.
- 3 Barthes, Roland, *Ensayos críticos*, 1967.
- 4 *Carta del 22 de diciembre de 1849.*
- 5 Savater, Fernando, *Invitación a la ética*, 1994.

## Bibliografía

- BARTHES, Roland  
1967 *Ensayos críticos*. Barcelona: Seix Barral.
- ESCUADERO, Jorge Leónidas  
1972 “Cementerio el Alto”. *Piedra Sensible*. San Juan: Editorial San Juan.
- JUNG, Carl  
1994 *Recuerdos, sueños y misterios*. Barcelona: Seix Barral.
- MARIEL, Juan  
1988 *Achango*. San Juan: Editorial Universidad Nacional de San Juan.  
2003 *Mirar, fundando una mirada*. San Juan: Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes.
- MARSHAM, BERMAN  
1995 *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Siglo XXI.
- SAVATER, Fernando  
1994 *Invitación a la ética*. Barcelona: Ed. Planeta.